

María Enciso

Arturo MEDINA PADILLA

Finalizando la primavera de 1979 tuve la primer noticia de María Enciso. Fue en El Escorial. Me la facilitaba Manuel Andújar, asistente como yo a las bodas de oro de Antoniorrobles, mientras un grupo de niños jugaban atemporales, frente a nosotros, en un jardín asilvestrado sobre los hombros de una maltrecha estatua de Felipe II. En sostenida, desembarazada conversación Andújar me daba detalles de una almeriense de excepción, *mujer serena, amiga de sus amigos*, que había muerto tempranamente en México y con la que había coincidido en el común exilio. Me habló de sus escritos y de su clara personalidad. Por la edad y por los rasgos físicos que me decía tener, yo la asocié un poco al azar con la hermana de un condiscípulo mío de Bachillerato, Pérez Enciso. Una delgada muchacha, morena, pálida, muy guapa, que en temporadas parvas y espaciadas aparecía por la calle Pedro Jover donde habitaba la familia, o por una especie de tienda de regalos o de quincallas que regentaba la madre viuda en La Almedina. Esto debía suceder por los veintitantos bien entrados.

Después de leer las dos obras de María publicadas en México (1) —las primeras de las suyas que conseguía— inicié mis investigaciones y comprobé que lo que había sido un presentimiento era sin duda una certeza. La María Enciso que me descubrió Andújar era la María Pérez Enciso que yo fugazmente había tratado en aquellos años. Mi indagación tuvo forzosamente que arrancar de cero. María Enciso era una perfecta desconocida, tal como expuse en un trabajo reciente (2), no ya para el **gTan** público sino para el lector especializado. Son abundantes los datos que poseo y diversas las fuentes que me los han suministrado. La más inmediata, la de sus libros colombianos (3), que por reincidente gentileza de Manuel Andújar nos han remitido de la nación andina. No me han fallado tampoco aportaciones —vagas— de algún apartado pariente de María, que aunque haya que constatar, son, sin embargo, incitantes pistas para futuras pesquisas. Con ello he logrado trazar un bosquejo de biografía lo suficientemente consistente y fidedigno para que quede dibujada la línea cardinal de su existencia.

María de los Dolores Pérez Enciso, hija legítima de Francisco Pérez Castro y de Dolores Enciso Amat, nació en el n° 27 de la calle de San Ildefonso de Almería, a las once de la mañana del 31 de marzo de 1908. Fue la mayor de tres hermanos, Francisco, fallecido de corta edad, y Guillermo, catedrático de Filosofía en Caracas. A los quince años, en la convocatoria de septiembre de 1923, verificó el examen de ingreso en la Escuela Normal de Almería, pero acto seguido solicitó traslado a la Escuela de Barcelona, capital en la que habría de domiciliarse hasta las postrimerias de nuestra guerra. Casó muy joven. Del matrimonio —no afortunado— nacería la única hija, Rosa del Olmo Pérez, que compartiría con ella los avalares del destierro. En enero de 1939 pasó a Francia como Delegada de Evacuación del Gobierno de la República. Misión: rescatar niños españoles de los campos de concentración franceses —Argelés-sur-mer, Saint Cyprien.

Clairmont Ferian, Perigueux— y conducirlos a Bélgica. Finalizada la contienda civil, vencido el bando por el que había apostado sin reservas, María Enciso pierde España para siempre, y, vinculada ahora al Cuerpo Diplomático Sudamericano, fija su residencia en Bruselas. Por escaso tiempo. La invasión nazi le obliga el 13 de Mayo de 1940 a emprender la huida. Atraviesa Francia en un tren repleto de aterrorizados viajeros. Embarca hacinada en El Havre. Cruza



Inglaterra y en Liverpool obtiene pasaje para las Antillas. Tras veinte días de incierta y zigzagueante navegación en convoy, toman puerto en Barranquilla a comienzos del mes de Julio.

Aventada por su trágico destino, arrastrando el dolor y la humillación de la derrota, deshechos hogar y linaje, América, aun en la incertidumbre, se le brinda como un hontanar de promisión. El embajador Nieto Caballero nos dice que por entonces en María, *como en una hoguera, era llama la protesta* (4). Sus ojos, no obstante eran de *extraordinaria dulzura*. En Colombia, nada más llegar, emprendería una intensa actividad literaria y periodística en diarios y revistas (5). Hasta fines de 1.945. Luego de un brevísimo paréntesis en La Habana, que le impresiona, se afina en el país que iba a ser el punto terminal de su trayectoria, México. Y, con el anatema del desarraigo con el que en cualquier latitud es maldecido el exiliado, un volver a empezar. Bien es verdad que en México se encontraba el más importante —cualitativa y cuantitativamente— de los núcleos de desterrados españoles, que ayudan a la compañera en arribada. Nada menos que Manuel Altolaguirre le imprime la que es, a mi parecer, su creación más significativa, *De mar a mar*, y que la esposa del malagueño, la inolvidable Concha Méndez, la presentaría, *a la manera de prólogo*, por seguidillas: *Por una misma causa I que defendimos i llegamos a estas tierras, I María Enciso. II Y aquí nos encontramos I por vez primera I después que atravesamos I ¡cuántas fronteras?.*(6)

Igualmente, en aquel bastión de libertad, de esperanzas y de equilibrada vehemencia, que fue la revista *Las Españas*, recibe María cálida acogida. Colaboraría con asiduidad, y para la sección *España en el recuerdo* escribió unas emotivas y penetrantes páginas, *Almería, ciudad arábigo-andaluza* (7), que con irrelevantes modificaciones fueron agrupadas en su postrer volumen. *Raíz al viento*, ensayos, crónicas y notas de variada temática. Acabóse la impresión en noviembre de 1.947. Año y medio más tarde, en marzo o abril de 1.949. María Enciso, ansiada de regresos, moría en México en muerte callada y a destiempo.

Porque a María Enciso no se le vieron cumplidas la alegría y la reparación del retorno. Como tantos otros compatriotas del éxodo y del estigma, habría que expirar bajo cielos que no eran los suyos. María Enciso, reiterado eco de criatura desgarrada, sufrió agónica su calvario de transterrada, ahondándosele inexorables —histórica y biológicamente— las distancias de su niñez y de su patria. De ahí ese aferrarse a los recuerdos felices, de ahí ese compensatorio hurgar en su profunda, encendida pasión por España. Excepto *Europa fugitiva* de 1.941, conmocionada la autora por los tremendos acontecimientos en los que estuvo inmersa y en donde, por tanto la reflexión y lo expositivo son proyectados al presente que contempla y que padece, el resto de su obra es un casi constante dirigir la vista al pasado, hacia los años de la infancia, hacia las tierras y los hombres de España. Y así en su librito subsiguiente, *Cristal de las horas* —de 1.942—, lo que prima es la soledad, el desvalimiento, la melancolía, el llanto por las cosas que se presienten muertas, abandonadas, mudas: *Allí quedó todo. I Mi casa cerrada, I y yo lejos...* (8) La dedicatoria es ya una declaración de estados anímicos, emocionales: los años niños simbolizados en la necesidad de la madre, y su vida toda, emblemada en España: *A mi madre, mujer fuerte y abnegada en el dolor y en el sacrificio, y a mi España, ambas fundidas en el recuerdo.*

Las citas a Almería en *Cristal de las horas* se reducen a un solo poema, *Coplas de la lejanía* (9). Sin embargo, en alguno más percibimos aires, sonos, talantes de gentes, de poblados, de montes, de vegas nuestras. Confírmelo si no esta estampa corriente en las tardes agosteñas de la Almería de la anteguerra:

*Y una mujer morena,
pregonando en los aires
ese grito perdido
en luces claras.
—Biznagas de jazmines,
¿quién las quiere?* (10)

La figura garbosa de la vendedora voceando a los clavantes los jazmines prendidos en la exultante pina de la biznaga, clavadas como olrendas en la pala de la chumbera o ensartadas en las cestas de cañas colgadas al brazo, debió quedársele a María firme en la retina. ¡11)

Pero donde Almería es cantada de modo terminante, explícito, es en *De mar a mar*, título entresacado de unos comprometidos versos de Antonio Machado, guía espiritual de los españoles de la diáspora: *Pienso en España, vendida toda I de río a río, de monte a monte, de mar a mar.* (12) A las altiplanicies y mares tropicales acuden a la memoria de María las auras de su mar Mediterráneo, de sus paisajes ribereños. O con paz gustosa de la Almería pequeña y sosegada. O en angustiada convulsión de pueblo masacrado. Para éste sería su *Almería del dolor y la muerte* (13), lamento hondo, aunque contenido, por el bombardeo que la escuadra alemana descargó en la ciudad andaluza el 31 de mayo de 1.937. A diferencia de la reacción, cósmica y surrealista, del chileno Neruda —*para cada mañana, para cada semana, para siempre jamás, I un plato de sangre de Almería.* (14), a la almeriense María Enciso se le hinca en su propia carne la ciudad suya con lacerante congoja, intransferible e íntima. Las bellísimas imágenes esconden en buena medida la indignación que se le despierta con el ultraje. Un clima de reprimido quebranto campea por el poema entre visiones de luces y sombras, de huesos calcinados y esquinas silenciosas.

*Silencio y soledad. El aire envuelve
el lúgubre cantar de tus heridas,
ramas de un árbol, al aire levantado;
truncos que fueron de una luz nacidos,
raíces, que el dolor ha ensangrentado.*

Desolación. Y a la vez, vivificador consuelo. Para María Enciso —ave fénix ella de tantas aventuras fallidas— hay en todo momento posibilidad de resurrección en las cenizas:

*Senos de vida nueva te germinan,
orilla verde, sendero blanqueado,
llevados sobre el mar, rulas nacientes,
por un aire de nardos perfumados.*

Se nace por accidente y se avecinda y hasta se muere por elección. María Enciso, contra su voluntad, ni pudo vivir ni morir en Almería. Era lógico que los ámbitos no poseídos se le decantasen, y que los arropase, adelgazados, en la memoria, luchando para que no se les diluyese en el olvido. Es por lo que, en tales situaciones, la nostalgia es obsesión, y no pueda corlarse, para no perecer, el hilo umbilical que une al desplazado con las vivencias —geografía, tiempos, seres— que fueron. María Enciso, en las evocaciones de la Almería de su niñez, es un patente ejemplo de esto que exponemos:

*De cal y agua
más blanca todavía
yo le soñaba.* (15)

Que es —además— uno de los más acertados "improntos" que sobre Almería se hayan inventado. Los detalles se han esfumado, y la instantaneidad se ha detenido en lo sustancial permanente. Es la Almería que conoció y gozó. La Almería infausta sólo la supo a través de lo que le contaron los boletines de guerra y las voces airadas de las crónicas oídas o leídas.

Esa Almería *de cal y agua*, armónica y limpiamente dibujada, es la que le dicta los versos de la tercera parte de su libro *De mar a mar* y que ofrece *A mi madre, en mi playa andaluza*. Una vez más la madre y España, en este caso. Almería (16). enlazadas en la añoranza y el amor con esos dos contundentes definitorios posesivos. Con cadencias del Alberti de las albas espumosas de *Marinero en tierra*. María Enciso imagina el mar de sus orígenes con acentos singulares, de un consciente popularismo:

*Al aire la vela blanca,
lejos la caliente arena,
una noche en alia mar
en un barquito di vela.* (17)

En tono vaporoso de sueño, con técnica impresionista, con tenues pinceladas de acuarela desfilan ante María el Puerto, en elaborados rasgos metafóricos —*y la lorie de los vientos I giraba en la mar salada*—. la vega, visionaria entre estática y dinámica, con pesadumbres de sed —innominada—, que se intuye en los toques precisos de

las mínimas descripciones:

*Parrales y parrales.
Un viento enardecido
rondando las veredas
con plantas de secano.
Polvo, tierra, chumberas,
la tarde se derrama
sobre las sementeras
y una nube de fuego
calcina los bancales.* (18)

El fino insumo para la observación que detentaba María Enciso habría que reposarse en una de las plazas —la de Los Olmos— más recoletas y características de Almería, sobre todo en la época en que todavía no había sido estúpidamente laminada. Al par de María nosotros nos condolemos:

*Ya no existe la fuente
ni la cerca florida
ni en jas tardes se escucha
la ronda de las niñas,
ni un amor se desvela
cuando un amor se olvida.* (19)

Vieja postal romántica, que se repite en el doblar de la Campana de la Vela, vigía de la ciudad en la noche, y que dormiría las horas jóvenes de María en su vida de barrio al pie de la Alcazaba.

La Sierra de los Filabres le sirve de escenario para sustentar un delgado sucedido de amores, que se cierne por los surcos de la andaluza serranía en la mejor tradición de nuestro cancionero:

*Por el monte adelante
voy caminando,
y tus amores, niña,
me van guiando.* (20)

Con estrofas como esta altísima —por sencilla— efusión lírica termina en *De mar a mar* sus alusiones concretas a Almería, que rebrotará en sus lúcidos ensayos *Raíz al viento*. En el capítulo *La canción popular en el paisaje de España*, al repasar las manifestaciones del folklore regional, se detiene en Almería, *la dulce ciudad blanca dormida a orillas del mar, la de la vega empinada sobre la savia de sus panales, la de las pequeñas sierras que penetran en el*

NOTAS

(I) Enciso, María: *De mar a mar. Poemas*, Isla. Manuel Aholaguirrc. Impresor. México D.F., 1.9«.

Enciso, María: *Raíz al viento. Ensayos*, E.D.I.A.P.S.A., México, 1.947.
(2) Medina, Arturo: *María Enciso, una ignorada escritora del exilio español del 39*, Sábado Lilcrario. Pueblo. Madrid, 28 junio 1.980.

(3) Enciso, María: *Europa fugitiva. 30 estampas de la guerra*, Litografía Barranquilla Impresores, 1.941.

Enciso, María: *Cristal de las lloras. Poemas*, Editorial Cultura, Bogotá, Colombia, 1.942.

(4) Nieto Caballero. L.E.: Prólogo a *Raíz al viento. Ensayos de María Enciso*. México. 1.947. pág. 5.

t5; Este mismo embajador aclara que eran estudios críticos de rara penetración, descripciones de ciudades v paisajes, artículos saturados de emoción, cuento*, encantadores... Pág. 6 del antedicho prólogo.

(6) M. M. pág. 5

(7) Revista *Las Españas*. México, enero, 1.947

<8>C H. pág. 10

(9) CH. págs. 25-26

(10) CH. pág. 17

(II) Otra extraordinaria mujer almeriense. Carmen de Burgos, viajera de anchos

corazón de las Alpujarras. (21) Y al fijarse en el fandanguillo como su copla representativa, selecciona esta preciosa muestra:

*Tengo una mañuela nueva
con cuatro jacas castañas,
y el novio más salaillo
que calienta el sol de España.
Almeriense y morenillo.* (22)

Mucho más extensamente es revelada Almería en la casi monografía ya aludida *Almería, ciudad arábigo-andaluza* (23). Anticipándose a exégesis o apologías de nuestra ciudad, María Enciso con aguda percepción poética mancomuna Almería con el mar y con un cielo diáfano, concurrentes por la intensidad de la luz e influyente ésta en el habitat y la sociedad almerienses. *La ciudad se aparece toda blanca*. El blanco absorbe los colores. A lo más, las *pajizas montañas* como fondo. Ciudad silente *donde nunca ocurre nada y en donde los días transcurren deliciosamente iguales*. La Calle de la Reina, el Parque, el Boulevard (sic), las Plazas de Careaga, de los Olmos, de la Catedral, son nombradas o descritas con morosa complacencia. No hay que desplegar prisas para deambular por las calles y plazas de Almería. Resalta el fatalismo, la abulia y el dejar hacer de sus hombres. *No le inquietan ambiciones... el término medióse conforma con vivir en su tierra y un mediano pasar*. En verano Almería es alegre y vocinglera, con la Feria, los baños, la procesión de la Virgen del Mar, la faena de la uva... A la venida del invierno, el recogimiento y la inacción. Y en lodo caso, *la quieta ciudad provinciana en que soñamos cuando la vemos lejos e inaccesible, en donde la vida tiene otro sentido porque allí todo ayuda a vivir*.

Y los pueblos. Los pescadores: Roquetas, Aguadulce... Y los de costas adentro: Viator, Huércal, Benhadux, Gádor, Fiñana... Cortijos y porches, *casas enjabelgadas, muebles de madera blanca, asientos de anea, jarros de cerámica en las mesas y flores de albahaca. Olor a limpieza, y aromas de sierra y vida pura*.

Esa fue la Almería de María Enciso. La Almería llana, en la que desde cualquier terrao era posible avistar el mar de la bahía. La que María llevaba *clavada como un dardo en el alma peregrina*, la que iba consigo *con su tibia claridad por todos los caminos del mundo*. En nombre de aquella Almería —y de ésta—, en honor de María Enciso, recuperemos para la Almería de todos a una de sus hijas más insignes. Es de justicia. Que es, por añadidura, asunto de inteligente doctrina cultural.

Madrid, febrero 1.981

Anuro MEDINA PADILLA

mundos, ausente largos periodos de la ciudad natal —si bien por üisuntas motivaciones—, se sentiría también atraída por los pregones de las biznagas, a las que dedicaría un ligero y delicioso artículo. Vid. Burgos, Carmen: *¡Biznagas!*, Publ. en Policio de la Feria de Agosto, Asociación de la Prensa, Almería, 1.933.

(12) Machado. Amonio: *¿Meditación del día*, publ. en *Obras. Poesía y prosa*. Ed. a cargo de Aurora de Albornoz y Guillermo de Torre. Losada, Buenos aires, 1.964. pág. 617

(13) M. M. págs. 31-33

(14) Neruda, Pablo: *Tercera Residencia*, Losada, Buenos Aires. 1.970. 5ª ed. pág. ;

(15) M. M. pág. 69

(16) Ocupaba la madre a la sarón una humilde casa de planta baja en Las Almadrabillas. cerca del antiguo Balneario Diana.

(17) M. M. pág. 53

(18) M. M. pág. 67

(19) M. M. pág. 70-71

(20) M. M. pág. 74

(21) R.V. pág. 51

(22) R.V. pág. 51

(23) R.V. págs. 150-154